

amoldarse á cualquiera! Hacía siempre lo que los demás; nunca se daba aires de personaje.» Ya de más edad y más grave, no fué menos amable por eso; seguía siéndolo tanto que uno de sus vecinos, al salir de su casa, decía á su mujer: «Voy á acostarme, y quisiese dormir doce meses seguidos, porque en este mundo no hay más que una cosa que valga la pena de vivir: es la caza de Abbotsford.» Unase á un espíritu de esa índole ojos que lo ven todo, una memoria que lo retiene todo, un estudio perpetuo en excursiones por toda Escocia, entre todas las condiciones, y se verá nacer su verdadero talento, ese talento tan agradable, tan fecundo, tan fácil, mezcla de observación minuciosa y de burla dulce, y que recuerda á la vez á Teniers y á Addison. Sin duda, escribe mal, á veces todo lo mal que cabe; se ve que dicta, apenas revisa, y cae á poca costa en el estilo apelmazado y enfático que está en el ambiente y que respiramos todos los días en los prospectos y en los periódicos. Peor aún: es horriblemente pesado y difuso; sus conversaciones y sus descripciones son interminables; quiere á todo trance llenar sus tres volúmenes. Pero ha dado á Escocia derecho de ciudadanía en la literatura; me refiero á Escocia entera: paisajes, monumentos, casas, cabañas, personajes de todas edades y condiciones, desde el barón hasta el pescador, desde el abogado hasta el mendigo, desde la dama hasta la verdulera. A su solo nombre, helos apareciendo en enjambres; ¿quién no los ve salir de todos los rincones de su memoria? El barón de Bradwardine, Dominie Sampson, Meg Merrilies, el Anticuario, Ochiltree, Juana Deans y su padre, posaderos, mercaderes, comadres, todo un pueblo. ¿Falta alguna de las características escocesas? Económicos, pacientes, precavidos, astutos, como

es natural: á ello los obligan la pobreza del suelo y la dificultad de vivir; ese es el fondo de la raza. La misma tenacidad que habían aplicado á las cosas de la vida, la han aplicado á las cosas del espíritu, llegando á ser grandes conocedores de antigüedades y de controversias, amén de poetas; las leyendas nacen fácilmente en un paisaje romántico, entre guerras y violencias inveteradas. En ese terreno así preparado y en ese triste clima ha hundido el presbiterianismo sus ásperas raíces. Ese mundo completamente moderno y real, iluminado por el lejano sol poniente de la caballería, es el mundo que Walter Scott ha descubierto, como un pintor que, al salir de los grandes cuadros, percibe un interés y una belleza en las modestas casas de algún rincón provinciano ó en una granja rodeada de cuadros de hortalizas. Una malicia continua anima esos cuadros de interior y de género, tan locales y minuciosos, y que, como los de los flamencos, indican el advenimiento de una burguesía. La mayor parte de esas buenas gentes son cómicas. El se divierte á sus expensas, pone al descubierto sus mentirillas, su parsimonia, su simpleza, sus pretensiones y las mil ridiculeces á que las lleva su menguada condición. Nos presenta un peluquero que hace girar el cielo y la tierra alrededor de sus pelucas: si la revolución francesa cunde por todas partes, es porque los magistrados han renunciado á ese adorno. «Andad con cuidado, Monkbarns (dice compungidamente, reteniendo por los faldones á uno de los tres parroquianos que le quedan). Andad con cuidado, en nombre de Dios. Sir Arthur se ha ahogado ya, y, si vos caéis por encima del acantilado, no habrá ya más que una peluca en la parroquia: la del ministro.» Como se ve, el autor sonríe, y sin malevolencia; ese egoísmo cando-

roso es consecuencia del oficio, y no indigna. Walter Scott no es nunca acerbo; en el fondo, ama á los hombres, los disculpa ó los tolera; no flagela los vicios, los desenmascara, y sin rudeza. Su mayor placer es seguir atentamente, no ya un vicio, sino una extravagancia, como la manía de los cachivaches en el anticuario, la vanidad arqueológica en el barón de Bradwardine, la fatuidad nobiliaria en la viuda de Tillietudlem, es decir, la exageración cómica de algún gusto lícito, y sin indignación, porque, en fin de cuentas, esos entes ridículos son estimables y á veces generosos. Aun en bribones como Dick Hatteraick, en matones como Bothwell, pone algo de bueno. No hay nadie, ni el mismo mayor Dalgetty, matador de profesión, procedente de la atroz guerra de los Treinta Años, cuya odiosidad no encubra con el ridículo. Por esa finura crítica y por esa filosofía benévola se parece á Addison.

Se le asemeja también por la pureza y la constancia de sus intenciones morales. «Sir Walter (le decía Mr. Laidlaw, á quien dictaba *Ivanhoe*), no puedo menos de deciros que hacéis un bien inmenso con estas narraciones tan nobles y amenas, porque la juventud no querrá ya dirigir los ojos á las drogas literarias que la servían las bibliotecas circulantes.» Y los ojos de Walter Scott se llenaron de lágrimas. En su lecho de muerte dijo á su yerno: «Lockhart, probablemente no me queda ya más que un minuto para hablaros. Amigo, sed hombre de bien; sed virtuoso, sed religioso, sed hombre de bien. Ninguna otra cosa os consolará cuando os veáis como yo ahora.» Esas fueron casi sus últimas palabras.—Por esa honradez profunda y esa amplia humanidad ha sido como el Homero de la burguesía moderna. Alrededor de él, y después de él, la

novela de costumbres, emancipada de la novela histórica, ha producido toda una literatura y conservado los caracteres que él la había impreso. Miss Austen, miss Bronte, mistress Gaskell, mistress Eliot, Bulwer, Thackeray, Dickens y tantos otros pintan especial ó únicamente, como él, la vida contemporánea, tal y como es, sin embellecimientos, en todas sus capas, frecuentemente en el pueblo, más frecuentemente aún en la clase media. Y las causas que hicieron abortar en él y en los otros la novela histórica hicieron triunfar en él y en los otros la novela de costumbres. Eran copistas demasiado minuciosos y moralistas demasiado decididos, incapaces de las grandes adivinaciones y de las amplias simpatías que abren la historia; su imaginación era demasiado literal y su juicio demasiado cerrado. Con esas facultades cabalmente crean un nuevo género, que hoy aún se multiplica en millares de vástagos, con tal abundancia, que los talentos se cuentan en él por centenares, y no cabé compararle por la savia original y nacional más que á la pintura del gran siglo de los holandeses. Realista y moral: he ahí sus dos caracteres distintivos. Están á cien leguas de la gran imaginación que crea ó transforma, tal y como apareció en el Renacimiento ó en el siglo XVII, en las edades heroicas ó nobles. Renuncian á la invención libre; se contraen á la exactitud escrupulosa. Pintan con un detalle infinito las exterioridades y los lugares sin alterar nada. Marcan los menores matices del lenguaje; no retroceden ante las vulgaridades ni las simplezas. Sus informes son auténticos y precisos. En resumen: escriben como burgueses y para burgueses, para gentes ordenadas, encerradas en una profesión, cuya imaginación vive de tejas abajo y mira las cosas con lente, incapaces de gustar,

en punto á pintura, más que cuadros domésticos y simulaciones. Pregúntese á una cocinera qué cuadro prefiere del Museo; señalará una cocina donde las cacerolas están tan bien hechas que dan tentaciones de calar allí la sopa. Sin embargo, por encima de esa inclinación, que hoy es europea, tienen una necesidad particular, que es nacional en ellos, y se remonta al siglo precedente: quieren que la novela contribuya, como todo, á su gran obra, á la mejora del hombre y de la sociedad. La piden la glorificación de la virtud y la flagelación del vicio. La envían á todos los rincones de la sociedad civil y á todos los sucesos de la historia privada en busca de documentos y de expedientes, para aprender de ella la manera de remediar los abusos, de aliviar las miserias, de prevenir las tentaciones. Hacen de ella un instrumento de investigación, de educación y de moral. Singular obra, que en toda la historia no tiene semejante, porque en toda la historia no ha habido sociedad semejante, y que, mediocre para los amantes de la belleza, admirable para los amantes de lo útil, ofrece, en la variedad innumerable de sus pinturas y en la fijeza invariable de su espíritu, el cuadro de la única democracia que sabe contenerse, gobernarse y reformarse.

IV

Al lado de ese desarrollo había otro, y al par que la historia, penetraba la filosofía en la literatura para agrandarla y alterarla. Se la veía allí por todas partes, á la entrada como en el centro. A la entrada había implantada la estética; cada poeta, hecho un teó-

rico, definía la belleza antes de producirla, sentaba principios en su prólogo y no inventaba sino con arreglo á un sistema preconcebido. Pero el ascendiente de la metafísica era mucho más visible aún en el centro de la obra que á la entrada, porque no sólo prescribía á la poesía su forma, sino que la suministraba su fondo. ¿Qué es el hombre y qué viene á hacer á este mundo? ¿Cuáles son esas grandezas lejanas á que aspira? ¿Hay un puerto que pueda alcanzar, y una mano oculta que le conduzca hacia ese puerto? Tales son las cuestiones que los poetas, transformados en pensadores, agitaban de consuno; y Goethe, aquí como siempre, padre ó promotor de todas las altas ideas modernas, escéptico, panteísta y místico á un tiempo junto, escribía en su *Fausto* la epopeya del siglo y la historia del espíritu humano. ¿Necesito decir que en Schiller, Heine, Beethoven, Hugo, Lamartine y Musset, el poeta, al través de su persona particular, hace hablar siempre al hombre universal? Los personajes que han creado desde *Fausto* hasta *Ruy Blas*, no les han servido más que para manifestar alguna gran idea metafísica y social, y multitud de veces esa idea demasiado grande, rompiendo su estrecha envoltura, ha rebasado los límites de toda verosimilitud humana y de toda forma poética para desplegarse á la vista de los espectadores. Tal fué el imperio del espíritu filosófico, que después de haber violentado la literatura, impuso á la música ideas humanitarias, infligió á la pintura intenciones simbólicas, penetró en la lengua corriente, y vició el estilo con un aluvión de abstracciones y de fórmulas de que ya no consiguen hoy librarnos todos nuestros esfuerzos. Como un hijo demasiado robusto que se desprende de su madre hiriéndola, ha retorcido las nobles formas que trataron de contenerle,